

TRES CAMINOS, SIETE ETAPAS (EL SERMÓN DE LA MONTAÑA).

Como preámbulo de lo que vamos a decir nos interesa mencionar la relación que establece Agustín entre los siete dones del Espíritu Santo y las siete bienaventuranzas. Agustín nos la presencia en distintos lugares (cfr. Comentario al salmo 11, 7; Comentario al salmo 67, 17, 39; 106, 14; Epístola 55, 31; La ciudad de Dios 17, 5, 4; Comentario al salmo 54, 22).

Agustín en el libro del Sermón de la montaña, sobre todo en el libro primero, entiende las bienaventuranzas como camino hacia la santidad. Evidentemente Agustín sigue utilizando el proceso en siete pasos y nos lo presenta en un itinerario ascendente. Lo cierto es que en este libro la santidad es un camino hacia el autoconocimiento, que se consigue, es decir, que nos lleva hasta el final, la misma gracia y a través de la meditación de la palabra hasta llegar a la contemplación de Dios. Como podemos ver hay todo un proceso de ascensión y profundización. De todas las maneras en este libro encontramos un esquema que se adelanta a los esquemas clásicos de espiritualidad: vida purgativa, iluminativa y unitiva y que nos puede servir también a nosotros ahora en este proceso de santidad, aunque solo sea como esquema.

* El camino purgativo se desarrolla en cuatro etapas: humildad, atención a la Palabra, el llanto de compunción, el hambre y sed de santidad. Tenemos que tener en cuenta que es un camino hacia la santidad y hay que dar ciertos pasos.

El primer paso es la humildad. Es significativo el texto de la carta 118 y nos puede servir de introducción: “Quisiera, mi Dióscoro, que te sometieras con toda tu piedad a este Dios y no buscaras para perseguir y alcanzar la verdad otro camino que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios, y por eso vio la debilidad de nuestros pasos. Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo. No es que falten otros que se llaman preceptos; pero si la humildad no precede, acompaña y sigue todas nuestras buenas acciones, para que miremos a ella cuando se nos propone, nos unamos a ella cuando se nos allega y nos dejemos subyugar por ella cuando se nos impone, el orgullo nos lo arrancará todo de las manos cuando nos estemos ya felicitando por una buena acción. Porque los otros vicios son temibles en el pecado, mas el orgullo es también temible en las mismas obras buenas. Pueden perderse por el apetito de alabanza las empresas que laudablemente ejecutamos. A un nobilísimo retórico le preguntaron cuál era el primer precepto que se debía observar en la elocuencia. Contestó, según dicen, que era la pronunciación. Preguntáronle por el segundo precepto, y dijo que era la pronunciación. Le volvieron a preguntar por el tercero, y sólo contestó que era la pronunciación. Del mismo modo, si me preguntas, y cuantas veces me preguntes, acerca de los preceptos de la religión cristiana, me gustaría descargarme siempre en la humildad, aunque la necesidad me obligue a decir otras cosas” (Epístola 118, 22). Nos podemos preguntar ¿por qué o en qué se apoya Agustín para señalar como primer paso de la santificación a la humildad? Parece que se apoya en la bienaventuranza de los pobres: “Por lo cual hay que considerar con mucha diligencia este número de las sentencias. Comienza la bienaventuranza por la humildad: *Felices los pobres de espíritu*, es decir, los que no son hinchados, cuando el alma se somete a la divina autoridad, ya que teme ir a la perdición después de esta vida, aunque, quizás, le parezca ser feliz en esta vida” (Sermón de la montaña 1, 3, 10).

Lo primero, por tanto, para hacer este camino, para recorrer esta senda, es reconocerse pobre y necesitado en lo más profundo porque, como podemos constatar en el texto, los pobres y los humildes son los no hinchados, ya que la soberbia aleja de la santidad de Dios, porque el soberbio está hinchado y separado de la verdad: “Pero oigamos a aquel que dice: *Felices los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. Leemos que se ha escrito sobre el deseo de los bienes de la tierra: *Todo es vanidad y presunción del espíritu*; ahora bien, presunción del espíritu significa arrogancia y soberbia. El común de la gente dice que los soberbios poseen un gran espíritu ciertamente, y es porque también en algunos momentos al viento se le llama espíritu. Por esto, en la Escritura leemos: *el fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestad*. ¿Quién podría ignorar que los soberbios son considerados inflados, como si estuviesen dilatados por el viento? De donde viene aquello del Apóstol: *La ciencia hincha, la caridad edifica*. También por esto en el texto bíblico son significados como pobres en el espíritu los humildes y aquellos que temen a Dios, es decir, los que no poseen un espíritu hinchado. Y no debía comenzar la bienaventuranza de otro modo, dado que debe llegar a conseguir la suma sabiduría. En efecto, *el principio de la sabiduría es el temor del Señor*, puesto que, por el contrario, está escrito que *el principio de todo pecado es la soberbia*. Por consiguiente, los soberbios apetezcan y amen los reinos de la tierra: *Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos*” (Sermón de la montaña 1, 1, 3).

Todos somos dependientes de Dios y por lo mismo debemos aceptar entrar en este sendero de santidad y entrar por el lugar adecuado, es decir, el primer paso es, sin duda, no ensoberbecerse, sino el temor de Dios, pero no se trata de un temor servil: “¡Qué inmensa felicidad! *Mi porción es Dios*. ¿Por cuánto tiempo? *Eternamente*. Y ahora fíjate en cómo ha amado a Dios; le hizo un corazón puro: *Dios de mi corazón, y mi porción es Dios eternamente*. Se le ha hecho casto su corazón; ahora ya ama a Dios gratuitamente, no le pide otra recompensa distinta de él. Quien pide a Dios otra recompensa distinta, queriendo servir a Dios sólo por ella, estima más la recompensa que al mismo Dios, de quien la quiere recibir. Luego entonces, ¿ningún premio hemos de recibir de Dios? Ninguno fuera de él mismo. La recompensa de Dios es Dios mismo. Esto es lo que ama, lo que quiere. Si amase otra cosa, no sería un amor puro. Si te apartas del fuego inmortal, te congelas, te corrompes. No te apartes: sería tu ruina, sería como una fornicación tuya. Este que habla, ya está volviendo, ya se arrepiente de esto, ya elige la penitencia, y dice: *Mi porción es Dios*. ¡Y cómo se deleita en aquel a quien eligió como su porción!” (Comentario al salmo 72, 32). En el fondo esto es lo que dejó escrito en la Regla: “no como siervos bajo la ley, sino como personas libres bajo la gracia” (Regla 8, 47).

El segundo paso en la vida purgativa es confrontarse con la Palabra, conocerla y aprender mansedumbre con ella: “Como consecuencia llega al conocimiento de la Sagrada Escritura, donde con espíritu de piedad aprende la mansedumbre, para que nunca se propase a condenar aquello que los profanos juzgan absurdo y no se haga indócil sosteniendo obstinadas contiendas. De aquí comienza a entender con qué lazos de la vida presente se siente impedida mediante la costumbre sensual y los pecados. Por consiguiente, en el tercer grado, en el cual se halla la ciencia, se llora la pérdida del sumo bien que sacrificó, adhiriéndose a los más ínfimos y despreciables” (Sermón de la montaña 1, 3, 10). La mansedumbre es vencer el mal a fuerza de bien, como muy bien nos lo explica Agustín un poco antes: “Son humildes quienes ceden ante los atropellos de quienes son víctimas y no hacen resistencia a la ofensa, sino que *vencen el mal con el*

bien. Litiguen, pues, los soberbios y luchen por los bienes de la tierra y del tiempo; no obstante, *felices los humildes, porque tendrán como heredad la tierra*, aquella de la cual no han podido ser expulsados” (Sermón de la montaña 1, 2, 4). Los mansos son los que no se oponen a la voluntad de Dios, los que se complacen en Dios y le agradan: “En esto consiste ser manso: en no poner resistencia a Dios, de manera que en el bien que haces sea él quien te agrade, no tú mismo; y en el mal que justamente sufras no te desagrade él, sino tú mismo. No es poco agradarle a él desagradándote a ti mismo, pues le desagradarías a él agradándote a ti” (Sermón 53, 2). En este sentido son mansos los dóciles, los que se dejan enseñar por Dios y están en su escuela, es decir, los que tienen una actitud de aprendiz y están dispuestos a relativizar todos sus conocimientos y su sabiduría para abrirse a lo nuevo, mejor, a la novedad de Dios. Porque ser mansos es dejarse guiar y enseñar: “El temor de Dios corresponde a los humildes, de los cuales en el Evangelio se dice: *Felices los pobres en el espíritu*, es decir, los no hinchados y orgullosos, a los cuales dice el Apóstol: *No te engrías, antes bien vive con temor*, es decir, no te ensoberbezcas. La piedad corresponde a los mansos. Quien investiga humildemente honra la Sagrada Escritura, no censura lo que aún no comprende y, por tanto, no la contradice y esto es ser humilde; y por esto se dice *felices los mansos*” (Sermón de la montaña 1, 4, 11).

El tercer paso de este camino purgativo se relaciona con la bienaventuranza de los que lloran. Según Agustín para andar por el camino de la santidad es necesario llorar, parece que en el fondo lo que Agustín está haciendo es insinuándonos que todos hemos de lamentar haber abandonado en algún momento a Dios, todos tenemos que reconocer que con demasiada frecuencia nos hemos entusiasmado con los bienes temporales y nos hemos apegados a ellos. Aunque en algunos casos Agustín no tenga razón y encontremos a personas que no se han dejado seducir por los bienes, lo que si tiene que ser una realidad es que todos hagamos un examen a fondo de nuestra vida pasada y detectemos los caminos errados que hemos seguido. Pero no basta hacer el examen hay que arrepentirse si no hemos caminado con absoluta rectitud y esta es la compunción. Posiblemente hoy más que nunca debemos recuperar la vida de Dios, el anhelo de la vida eterna, que empieza ya ahora. Una vida eterna que podemos ya desde ahora disfrutar, aunque no en plenitud, pero que si no empezamos ya ahora difícilmente la podremos disfrutar plenamente nunca: “¿Qué elegimos? La vida. Primeramente, una vida santa aquí; después de ésta, la eterna. Primero una vida santa aquí, pero aún no feliz. Vívase ahora una vida santa, a la que está reservada para después la vida feliz. El llevar una vida santa es la tarea; la vida feliz, la recompensa. Lleva una vida santa, y recibirás la vida feliz. ¿Hay algo más justo, algo mejor ordenado? ¿Dónde estás, amador de la vida? Elige la vida santa y buena... No es así la que nos prometió no un hombre cualquiera, sino el Dios verdadero. La verdad verdadera nos promete la vida, una vida no sólo eterna, sino también feliz, donde no habrá ninguna molestia, ninguna fatiga, ningún temor y ningún dolor. Allí la seguridad será plena y asegurada. Una vida bajo la mano de Dios, una vida con Dios, una vida de Dios, una vida que es el mismo Dios: esta vida eterna es la que se nos promete” (Sermón 298, 8).

Todos sabemos que hay cosas importantes y cosas secundarias. Pero la vida de Dios es más que importante para el hombre, podríamos decir que esta vida es el máximo bien del ser humano, por tanto he de ser buscada apasionadamente y con todo el ímpetu del corazón, nada puede ser más urgente y más necesario para este ser, porque es lo más importante de la vida. Pero al comprender lo poco constantes que hemos sido y lo superficiales, puede producirse las lágrimas y el llanto, porque sin duda ese

reconocimiento provoca un fuerte dolor interior, aunque tengamos la seguridad del consuelo del Espíritu Santo, que es el gran consolador: “Pero luego, una vez llenos del Espíritu Santo y hechos perfectos, hasta poder amar incluso a sus enemigos, recibieron el poder de vengarse, puesto que ya lo podían hacer sin odio. De ese poder hizo uso también el apóstol Pedro en el libro que los maniqueos no aceptan, porque claramente contiene la llegada del Paráclito, es decir, del Espíritu Santo consolador, que envió a quienes lloraban en el momento de ascender a los cielos a la vista de sus ojos. A los tristes se les envía el Consolador, según aquellas palabras del mismo Señor: *Dichosos los que lloran porque ellos serán consolados*. Él dijo también: *Los hijos del esposo llorarán cuando se les quite el esposo*. Así pues, en aquel libro en el que se manifiesta a todas luces la venida del Espíritu Santo que el Señor había prometido como Consolador, leemos que ante una frase de Pedro cayeron a tierra algunos hombres y murieron un hombre y su mujer, que habían osado mentir al Espíritu Santo” (Replica a Adimanto 17, 5).

Los que están en este camino de santidad, al estudiar las Escrituras, descubren su alejamiento y cómo, es verdad que casi siempre por ignorancia, se han separado de Dios: “La ciencia corresponde a los que lloran, los cuales conocieron ya en la Escritura de qué clase de males han sido prisioneros y a causa de la ignorancia los han deseado como buenos y gozosos; por esto se dice en el Evangelio: *Felices aquellos que lloran*” (Sermón de la montaña 1, 4, 11).

El cuarto paso de este camino purgativo es el esfuerzo por liberarse de lo pasajero. Se trata de una verdadera necesidad de quitar y dejar al margen todo lo que no nos permite estar con Dios, pero esto no es fácil y es costoso y Agustín es muy consciente de ello: “En el cuarto grado está presente el trabajo, que se da cuando el alma hace esfuerzos vehementes para separarse de las cosas que le cautivan con funesta delectación. Aquí tiene hambre y sed de honestidad y es muy necesaria la fortaleza, ya que no se deja sin dolor lo que se posee con delectación” (Sermón de la montaña 1, 3, 10). Evidentemente necesitamos fortaleza para poder realizar esta tarea, porque el mal nos resulta agradable y se necesita vigor para preferir la dulzura de Dios: “Convoca a los pecadores a la paz, y a los enfermos a la curación. Ordena la fe, la continencia, la templanza, la sobriedad; refrena el deseo de dinero; nos dice qué hemos de hacer, qué hemos de observar. De quien observa sus preceptos, ya puede decirse que vive de acuerdo con lo que ordena la medicina, pero aún no ha alcanzado aquella salud plena que promete Dios por boca del Apóstol... Pero ahora, hermanos míos, antes de que eso llegue, cuando comencemos a observar las prescripciones del médico, incluso cuando sufrimos algunas tentaciones y tribulaciones, no hemos de pensar que estamos perdiendo el tiempo al observarlas porque parezca que tales prescripciones aumentan el dolor. El sufrir esas tribulaciones está indicando la presencia de la mano del médico cirujano, no la sentencia del juez que condena. Se hace esto con la mirada puesta en la curación total: suframos y soportemos los dolores. Dulce es el pecado, pero esa dulzura perniciosa se digiere sólo mediante la amargura de la tribulación. El mal te deleitaba cuando lo cometiste, pero al cometerlo fuiste a dar en la enfermedad. La medicina actúa al contrario: te procura un dolor temporal para que alcances la salud duradera” (Sermón 278, 5).

* El camino iluminativo en dos etapas: La misericordiosa gracia de Dios y la capacidad humana de mirar con los ojos del corazón. Son dos momentos que han de

equilibrarse y completarse, que han de darse la mano y avanzar juntos y con pasión renovada

En el quinto paso de subido hacia la santidad se deja a un lado el esfuerzo humano y adquiere la primacía la gracia de Dios, que es la mayor misericordia de Dios para el hombre.. Sin la gracia el hombre no puede ni sabe dar un paso porque tiene embotados sus pies y no sabe andar. Está ya en un lugar donde lo mejor es descalzarse y dejar que Dios haga su obra. En este quinto paso de subida se recibe la luz y la fuerza para ascender y Agustín nos dice que el protagonista ya no es el hombre sino que ahora ya el protagonismo en la santificación humana, lo tiene la gracia de Dios, como no puede ser de otra manera: “Es, pues, la caridad la que produce nuestra semejanza con Dios; y así, conformados y como sellados con el sello de la divina semejanza y segregados o separados del mundo, no volvamos a mezclarnos jamás con las criaturas, que deben ser siempre nuestras esclavas. Esto es obra únicamente del Espíritu Santo. *La esperanza nunca se frustra*, dice San Pablo, *pues la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha comunicado*. Nuestra renovación por el Espíritu Santo no se podría realizar si no permaneciera Él siempre el mismo en su integridad e inmutabilidad; lo que tampoco sería posible sin ser de la misma substancia o naturaleza de Dios, que es la inmutabilidad y, por decirlo así, la invertibilidad misma. *La criatura, sin embargo* (no son palabras mías, son de San Pablo), *es esclava de la vanidad o mentira*. Lo que está sujeto a la vanidad no nos puede separar de ella ni unirnos a la verdad; esto es obra exclusiva del Espíritu Santo; no es, pues, una criatura, porque lo que existe o es Dios o es criatura” (Las costumbres de la Iglesia católica 1, 23). El amor y la gracia son sinónimos. El don que corresponde es el de consejo. La misericordia recibida probará evidentemente la misericordia ejercida, es decir, según actúes así actuarán contigo, la vara de medir la ponemos cada uno: “*Felices los misericordiosos, porque de ellos se hará misericordia*. Llama felices a los que socorren a los infelices, porque a ellos se les dará como contrapartida el ser librados de la infelicidad” (Sermón de la montaña 1, 2, 7).

Agustín es consciente que para ser ayudado en nuestro camino de ascensión es necesario que también nosotros nos pongamos a actitud de ayuda y ejerzamos la ayuda. Los que han llegado a este quinto peldaño deben ayudar a los otros a través de la palabra y de la acción: “También tenemos nosotros en las buenas obras y en la vida justa como seis días distintos, después de los cuales debemos esperar el descanso... Con el conocimiento de estas cosas, que ofrece fuerza más poderosa, comienza a obrar el hombre en el día quinto en los negocios turbulentos del mundo, como en aguas del mar, en beneficio de la fraterna sociedad, y produce de las acciones corporales que a este mismo mar pertenecen, es decir, a esta vida, reptiles de almas vivientes, esto es, obras que aprovechen a las almas vivas; y grandes cetáceos, a saber, poderosísimas obras contra las que el oleaje del mundo se estrelle y doblegue; y aves del cielo, es decir, voces mensajeras de las cosas celestiales” (Del Génesis contra maniqueos 1, 43). De hecho, en nuestro libro, encontramos esta afirmación como si fuese una doctrina que pueda aplicarse a todos los ámbitos: “Pues es un justo consejo que, quien quiere ser ayudado por un ser superior, ayude a otros más débiles en aquello en que él es más fuerte” (Sermón de la montaña 1, 3, 10). Esto es para Agustín como una ley de la providencia, como él mismo la llama: “Pues tal es la ley de la divina Providencia: que ninguno reciba ayuda superior para conocer y merecer la gracia de Dios si él, a su vez, no presta socorro a los inferiores, con afecto desinteresado, para lograr el mismo fin. De esta suerte, aun después del pecado que contrajo nuestra naturaleza por culpa del primer

hombre, el género humano ha llegado a ser la gloria y ornamento de este mundo, y tal es sobre él la acción de la divina Providencia, que el remedio inefable aplicado a nuestra corrupción ha trocado la deformidad de nuestros vicios en no sé qué nuevo linaje especial de hermosura” (La verdadera religión 28, 51).

El sexto paso de subida para participar de la santidad de Dios consiste en limpiar los ojos del corazón para poder contemplar a Dios. Para Agustín corazón limpio es lo mismo que corazón simple y para realizar esto necesitamos el don del entendimiento: “Felices los *que tiene un corazón limpio, porque ellos verán a Dios*. Son insensatos los que buscan a Dios con los ojos del cuerpo, dado que se le ve con el corazón, como está escrito en otro lugar: *Buscadlo con sencillez de corazón*. Un corazón limpio es un corazón sencillo. Y como esta luz del día solo puede ser vista con ojos limpios, así no se puede ver a Dios si no está limpia la facultad con la cual puede ser visto” Sermón de la montaña 1, 2, 8). Solo los puros de corazón pueden contemplar con inteligencia pura y serena el Sumo bien. Evidentemente limpiar el corazón es una tarea complicada y no son muchos los que saben hacerlo con solvencia. Se necesita mucha comprensión y esfuerzo: “El entendimiento corresponde a los puros de corazón, entendido como el ojo purificado, a fin de que se pueda percibir *lo que ni ojo corporal alguno vio, ni oído oyó, ni ha penetrado en el corazón del hombre*, de los cuales aquí se dice: *Felices los limpios de corazón*” (Sermón de la montaña 1, 4, 11).

* Camino unitivo en una etapa. El séptimo paso es el de los pacíficos.

Agustín nos dice que este es el tiempo del séptimo paso es el de la contemplación: “Finalmente, la séptima bienaventuranza es la misma sabiduría, es decir, la contemplación de la verdad que pacifica a todo el hombre al recibir la semejanza de Dios y así concluye: *Felices los pacíficos, porque se llamarán hijos de Dios*” (Sermón de la montaña 1, 3, 10). Este reino de la paz es donde hay un orden perfecto y donde Dios es el protagonista principal: “*Felices los hacedores de paz, porque se llamarán los hijos de Dios*. La perfección está en la paz, donde no hay oposición alguna; y, por tanto, son hijos de Dios los pacíficos, porque nada en ellos resiste a Dios; pues, en verdad, los hijos deben tener la semejanza del Padre. Son hacedores de paz en ellos mismos los que, ordenando y sometiendo toda la actividad del alma a la razón, es decir a la mente y a la conciencia, y dominando todos los impulsos sensuales, llegan a ser Reino de Dios, en el cual de tal forma están todas las cosas ordenadas, que aquello que es más principal y excelso en el hombre, mande sobre cualquier otro impulso común a hombres y animales, y lo que sobresale en el hombre, es decir la razón y la mente, se someta a lo mejor, que es la misma verdad, el Unigénito del Hijo de Dios” (Sermón de la montaña 1, 2, 9).

El don correspondiente es el de la sabiduría, todo ya está sometido a la razón y a Dios, en último término: “La sabiduría corresponde a los pacíficos, en los cuales todos sus actos están ordenados y no hay impulso alguno contra la razón, sino que todo está sometido a la conciencia del hombre, dado que también él está sometido a Dios; de esos se dice aquí: *Felices los que obran la paz*” (Sermón de la montaña 1, 4, 11). Aquí, en este peldaño, se vive la plenitud de la santidad. Pero Agustín, cuando escribe las Retracciones, llega a darse perfecta cuenta que nadie ha llegado en esta vida a la plenitud de la santidad, es como si fuera necesario salir de estas coordenadas para poder disfrutar de esta plenitud: “Igualmente, a lo que he dicho en otro pasaje, repitiendo la misma sentencia evangélica: *Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados*

hijos de Dios, he añadido: «Y eso, por cierto, puede darse en esta vida, como creemos que se dio en los Apóstoles», ha de entenderse no que en los Apóstoles durante esta vida ningún movimiento de la carne resistió al espíritu sino que creemos que puede darse en esta vida, como creemos que se dio en los Apóstoles, es decir, esa medida de perfección humana, cuanta perfección sea posible en esta vida. Porque no dije: eso puede darse en esta vida, porque creemos que se dio en los Apóstoles, sino que dije: «como creemos que se dio en los Apóstoles», para que pueda darse así como se dio en ellos, es decir, con aquella perfección de que se es capaz en esta vida, no como se ha de dar en aquella paz plenísima que esperamos, cuando se dice: *¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*” (Retractaciones 1, 19, 2).

Será en este peldaño también donde se recibe la semejanza con Dios para vivir como hijos de Dios y, por tanto, puede interpretarse como una deificación del hombre, allí todos nos hacemos “reino de Dios” (Sermón de la montaña 1, 2, 9). Agustín asienta sobre el amor la santidad: “La octava vuelve al principio, ya que muestra y prueba que se ha consumado y perfeccionado. De hecho, en el primero y en el octavo se nombra el reino de los cielos: *Felices los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, y felices los que padecerán persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*. De hecho, leemos en la Escritura: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo: quizás la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?* Son siete, por tanto, las bienaventuranzas que llevan al cumplimiento; pues la octava, como volviendo todavía al principio, clarifica y muestra lo que ha sido cumplido, a fin de que a través de estos grados sean completados también los demás” (Sermón de la montaña 1, 3, 10). Y la santidad en este momento es una ascensión por peldaños que nos llevan a una perfección imperfecta, porque la perfecta está solo en la visión beatífica. Pero es cierto que este proceso, a pesar de todas las dificultades y deficiencias, nos lleva a disfrutar de la caridad: “*Seréis felices*, continúa, *cuando os insulten y os persigan y, mintiendo, dijeren toda clase de maldades contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos*. Cualquiera que busque en el nombre de cristiano la gloria de este mundo y la abundancia de los bienes de la tierra, advierta que nuestra felicidad está en el interior, como se dice del alma de la Iglesia con las palabras del profeta: *toda la belleza de la hija del rey está en el interior*. Pues desde el exterior se prometen injurias, persecuciones, difamaciones, por las cuales será grande la recompensa en los cielos, la cual se percibe en el corazón de los que sufren, de los cuales se ha podido decir: *nos gloriamos en los sufrimientos, ya que sabemos que los sufrimientos producen paciencia, y la paciencia es una virtud puesta a prueba y la virtud probada produce la esperanza; y la esperanza no defrauda, ya que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado*. En efecto, no es suficiente sufrir estos males para recoger el fruto, sino que hace falta soportarlos por el nombre de Cristo, y no solo con ánimo tranquilo, sino incluso hasta con alegría. En efecto, muchos herejes, bajo el nombre de cristianos, conducen a error a las almas, soportan muchos de estos sufrimientos, pero son excluidos de tales recompensas, ya que no solo ha sido dicho: *felices los que sufren persecuciones*, sino que se ha añadido: *por la justicia*. Pues donde no hay una recta fe, no puede haber justicia, ya que el *hombre justo vive de la fe*. Ni tampoco los cismáticos presuman de obtener tal recompensa, dado que no es posible que se dé honestidad donde no hay caridad. En efecto, *el amor al prójimo no hace el mal; pues si lo tuvieran, no hubieran desgarrado el cuerpo de Cristo*, que es la Iglesia” (Sermón de la montaña 1, 5, 13).